

Migración y familia

Dinámicas y procesos en las familias hispanas inmigrantes

Jorge E. Maldonado

Introducción

Los procesos migratorios han estado presentes desde el inicio de la humanidad y son universales. En la historia bíblica, Dios se revela a un patriarca invitándole a emigrar, a salir de su tierra y su parentela para ir “a la tierra que te mostraré” (Gn 12.1), a fin de emprender un viaje hacia el futuro, orientado por la esperanza generada por una promesa.

Ser hispano o latino significa pertenecer a uno de los grupos humanos de mayor movilidad. En los Estados Unidos hay más de 40 millones de latinos, la mayoría emigrados de América Latina o de España en algún momento de la historia. Además, en las últimas décadas, debido a la pobreza, la guerra o la falta de oportunidades, miles de latinoamericanos han buscado una vida mejor en Europa, Asia y Oceanía. Hoy hay latinos –e iglesias evangélicas de habla hispana– en casi todos los estados de los Estados Unidos, pero también en Italia, en Japón y en Australia. Es importante entonces, comprender por qué nuestros compatriotas están en movimiento, y cómo sus experiencias de migrantes (de primera, segunda o tercera generación) los afectan en su manera de vivir, de adaptarse, de mantener su identidad y de cambiar en el nuevo sitio de residencia. Por otra parte, es importante reflexionar sobre lo que pueden hacer las iglesias para facilitar estos procesos con salud, optimismo y esperanza.

Aunque los movimientos migratorios han sido parte de la humanidad desde la antigüedad, en la época actual parece que se han intensificado. La globalización de la pobreza y del desempleo está empujando diariamente a más personas fuera de su tierra

natal. Después de una reciente visita a Guatemala, en donde sirvió hace 39 años como misionero al grupo indígena Mam, el Dr. Ralph D. Winter –fundador de la Universidad William Carey en Pasadena, California– comenta la desesperada situación de los Mam. Aunque encontró que las iglesias presbiterianas de la zona habían crecido en número (de 3 a 40), el deterioro de la vida era evidente. La mayor parte del ingreso en la zona viene hoy de los dólares que envían los 200.000 Mam indocumentados que trabajan en los Estados Unidos. A la población del grupo Mam que queda en Guatemala (cerca de un millón), le resulta más barato importar granos que producirlos. Los hogares están divididos y las personas tienden a establecer relaciones informales. Cuando los adolescentes no tienen un padre o una madre que los contenga –dice Winter– se extravían, y se meten en drogas, sexo, violencia y pandillas.¹

Ya que todo movimiento migratorio es una transición significativa en el tiempo y el espacio, tiene repercusiones sociales, psicológicas, económicas, políticas y pastorales. Comienza antes del acto de mudarse y se prolonga en el tiempo, afectando a varias generaciones. Aunque la decisión de emigrar haya sido consciente y libremente tomada, no deja de incluir una serie de pérdidas y desarraigos. Uno pierde las redes de apoyo, la capacidad de manejarse dentro de lo habitual, y se enfrenta al desafío de adaptarse a un nuevo entorno, una nueva cultura, una nueva lengua, etc. Los inmigrantes parecen ser más vulnerables a la tensión emocional y a las crisis. Al mismo tiempo, la crisis implica también una oportunidad de comenzar una nueva vida, de abrir nuevos horizontes, de aprender las destrezas necesarias para moverse acertadamente en el nuevo ambiente.

Las iglesias hispanas están diariamente en contacto con familias que han llegado a este país recientemente, o no tan recientemente, y que están procesando asuntos propios de esa transición. Los pastores generalmente tienen una entrada privilegiada a

¹ Ralph D Winter, “The Uncertain Future of Missions”, *Mission Frontiers* (marzo-abril 2006): 12.

las familias de su congregación: los conocen de forma cercana (incluso en su estatus migratorio), han estado presentes en los eventos más significativos de su ciclo vital (nacimientos, bodas, funerales), y son figuras de autoridad.² Aunque no hay datos oficiales de las formas en que los pastores, especialmente los latinos, actúan a favor de los inmigrantes (como intermediarios, conectores, consejeros, intercesores, tramitadores, etc.), todos sabemos que un alto porcentaje de la labor pastoral se dedica a este ámbito.

Razones para emigrar

Hay muchas razones por las que una persona, una familia o un grupo deja su tierra y se encamina a un lugar extraño.³ Algunos emigran por voluntad propia, otros son obligados por la pobreza, el hambre, la guerra, la discriminación racial o la persecución religiosa. Algunos son transferidos por su compañía, empresa o gobierno, en cuyo caso, traen sus pertenencias y sus papeles en regla. Otros llegan clandestinamente, sin documentos, sin dinero y sin conexiones. Algunos cuentan con recursos y con una cultura familiar que valora el cambio. Para otros, que valoran la vida sedentaria, el desarraigo puede ser traumatizante. Vale aclarar que algunos hispanos que viven en los Estados Unidos no cruzaron la frontera; la frontera les cruzó a ellos por encima cuando, en 1848, México perdió la guerra y gran parte de su territorio. Este territorio constituye hoy el sudoeste de los Estados Unidos. Aunque no son inmigrantes, han enfrentado –y siguen enfrentando– situaciones y desafíos similares a los de los inmigrantes.

² Edwin H. Friedman, *Generación a generación. El proceso de las familias en la iglesia y la sinagoga*, Nueva Creación/Eerdmans, Buenos Aires/Grand Rapids, 1996, p. 19.

³ Una encuesta reciente en varios sectores de la república mexicana mostró que el 75% de sus habitantes, indistintamente de su ubicación geográfica, social y económica está dispuesto a emigrar a los Estados Unidos legal o ilegalmente, si las circunstancias se presentan o lo requieren. *Public Radio Network*.

Cuando un cónyuge (generalmente el hombre) emigra y el otro (generalmente la mujer) se queda con los hijos, se está abriendo la puerta a dificultades venideras. Los varones y las mujeres que están solos, ya sea en el país de origen o en el de acogida, van a experimentar muchas tensiones y tentaciones. El cuidado pastoral a las personas solas es un ministerio que las iglesias del sur y del norte no pueden descuidar. Es imperativo “cubrir” a las familias divididas mediante la oración, los grupos de ayuda, la orientación, etc.

Se ven también familias inmigrantes divididas entre padres e hijos. Cuando los esposos deciden emigrar y dejan a los hijos bajo el cuidado de un pariente –por ejemplo, la abuela– la familia está tomando una decisión que, por lo general, tiene dolorosas repercusiones para el futuro de la misma. El ser humano establece en sus primeros años el vínculo emocional o apego (*attachment*) que lo va a definir por el resto de su vida. Necesita una figura adulta, generalmente la madre, con quien definir ese nexo emocional que le da seguridad y estabilidad. “Entre tanto que un niño esté en la presencia permanente –o al alcance– de una figura principal de apego, se sentirá seguro. La amenaza de una pérdida produce ansiedad, y la pérdida misma produce tristeza; ambas conducen a la ira.”⁴ Los pastores son testigos del dolor y la tensión que surgen en las familias que se reúnen después de años de separación. Los hijos necesitan ventilar la ansiedad, la tristeza y la ira que han acumulado durante años de abandono. Los padres, por lo general, están desconcertados ante “tanta ingratitud” de los hijos.

Otro factor en la división de las familias inmigrantes es hoy la ola de deportaciones que los hispanos están experimentando en los Estados Unidos. Muchas iglesias viven de cerca los casos de padres deportados a su país de origen mientras sus hijos, nacidos en territorio estadounidense, se quedan al cuidado de parientes o amigos.

⁴ John Bowlby, *Attachment*, Basic Books, Nueva York, 1982, p. 209.

A esto se añade otro elemento doloroso para aquellos jóvenes que, por haber llegado indocumentados de pequeños, no pueden continuar sus estudios universitarios.

Etapas en un proceso migratorio

A pesar de la variedad de circunstancias, el proceso migratorio presenta secuencias parecidas que hacen posible identificar algunos estadios o etapas.⁵ Cada etapa tiene características propias, activa dinámicas familiares diversas, desencadena sus propios conflictos, presenta distintos síntomas y requiere diferentes estrategias para atenderla.

1. Preparación

Un proceso migratorio se origina casi siempre cuando los miembros de una familia dan los pasos concretos hacia el compromiso de emigrar: una carta, una petición de visa, un formulario que se llena, un pasaje que se compra, etc.

La duración de esta etapa depende de la forma en que la familia suele tomar sus decisiones. Puede ser abrupta o producto de una larga planificación. En todo caso, aunque un proyecto de tal magnitud suele ser el resultado de una decisión colectiva, no está exento de tensiones y de complejidad. En momentos de tensión como éstos, la familia buscará un “responsable”. Es posible que se divida entre “héroes” y “villanos”, y también que se construyan mitos familiares que perpetúen esos papeles en la memoria de la familia.

En esta etapa, las familias suelen ensayar “nuevas” reglas que se aplicarán “allá”, y nuevos roles familiares y sociales que se asignarán a sus miembros en el país de acogida. En la mayoría de las culturas latinas, el hombre y la mujer mantienen los papeles tradicionales. El hombre es el principal proveedor y está orgulloso de serlo. La

⁵ Seguimos aquí el modelo de Carlos Sluzki, “Migración y familia”, ponencia presentada en el Congreso de Terapia Sistémica en Guadalajara, México, marzo de 1996.

mujer generalmente se realiza mediante la crianza de los hijos y el cuidado del hogar. Ambos deben saber que “en el norte” las cosas van a cambiar. Si la mujer consigue trabajo primero, romperá con los papeles tradicionales y la familia se verá desafiada a lograr ajustes que sean más acordes con la nueva realidad.

¿Qué pueden hacer la iglesia y la comunidad?

- Informar de estos procesos a las familias que proyectan emigrar.
- Enfatizar la importancia del vínculo afectivo o apego emocional en los niños, y desanimar la separación de la familia.
- Diseñar rituales de partida.
- Advertir períodos de descompensación y crisis.
- De ser factible, aprender el idioma con anticipación.
- Adquirir información práctica del nuevo lugar de acogida.
- “Rodear” pastoralmente a las familias divididas.

2. *El acto de emigrar*

Consiste en dar los pasos concretos que trasladan a una persona o familia a su nuevo lugar de residencia. El acto de emigrar puede tomar tantas horas como dura un vuelo de avión o puede durar semanas, meses y hasta años. No son pocos los casos de quienes, al tener que cruzar varias fronteras nacionales, fueron deportados más de una vez.

En esta etapa, es importante elaborar rituales tanto de despedida como de acogida. Los rituales abren y cierran espacios temporales y relacionales, y facilitan procesos que propenden a la salud. La ausencia de rituales impide el fluir de la experiencia y deja inconcluso el cierre de los procesos.

El estilo de emigrar varía también de una familia a otra. Algunos emigran “para siempre” y queman las naves. Otros “se ausentan sólo por un corto tiempo” y esperan que nada cambie hasta su regreso. En todos los casos, las familias, como sistemas vivos que actúan en conjunto, “asignan” papeles a sus miembros. Muchas veces les asignarán roles complementarios, que mantendrán el balance (homeostasis) familiar. Es decir, si a

alguno se le asigna el papel de “puente” con la sociedad de acogida, a otro se le asigna el papel de “conector” con la sociedad de origen. El primero elogiará las bondades de la nueva tierra y despreciará lo que se dejó atrás. El segundo hará lo contrario.

Esta asignación (o auto-asignación) de papeles complementarios puede conducir a situaciones estresantes cuando se enfrentan los miembros que idealizan la tierra natal y denigran la sociedad de acogida (dificultando la adaptación) y los que denigran la tierra de origen e idealizan la sociedad de acogida (dificultando el duelo y la elaboración de las pérdidas).

¿Qué pueden hacer las iglesias y la comunidad?

- Elaborar rituales de salida para los que se van.
- Animarlos a llevar, si es posible, algunos objetos significativos (fotos, cuadros, música, etc.)
- Elaborar rituales de acogida para los que llegan.
- Ofrecer redes de apoyo y pertenencia a los recién llegados.
- Entregar paquetes de información práctica: salud, escuelas, compras, servicios, etc.
- Ofrecer servicios de mediación y/o consejería familiar para ventilar las tensiones propias de esta etapa.

3. *Período de sobre-compensación*

El “estrés migratorio” no produce sus mayores efectos en las primeras semanas o meses que siguen al acto de emigrar. Es frecuente más bien que los inmigrantes no tengan noción de la naturaleza intensa de la experiencia y de su impacto acumulativo. Los parientes y los amigos rodean a los recién llegados con atenciones, invitaciones a comer, a fiestas, a conocer el nuevo ambiente, etc.

Aunque esta etapa está sobrecargada por las demandas y los desafíos de la nueva ubicación (lugar de residencia, idioma, empleo, movilización, etc.), la prioridad de las personas está en sobrevivir. Para lograrlo, ejercitan sus capacidades de adaptación en medio de un bombardeo de nuevos estímulos que, por lo general, desafían la curiosidad y la voluntad.

Este mecanismo de enfocarse en la supervivencia permite amortiguar el impacto de los otros factores de la adaptación, y puede retardar por semanas o meses la aparición de conflictos. Es posible que los conflictos se mantengan latentes, y los estilos de relacionamiento familiar se exageren. Una familia que antes era unida, puede parecer más unida que nunca; mientras que los miembros de una familia desunida parecerían actuar con más autonomía.

¿Qué pueden hacer las iglesias y la comunidad?

- Apoyar los esfuerzos de sobrevivencia y adaptación.
- Ofrecer información de los procesos en esta etapa.
- Anticipar conflictos venideros y normalizarlos.

4. *Período de descompensación o crisis.*

Los seres humanos nos adherimos a las maneras de organizar la realidad que son propias del grupo o de la cultura a la que pertenecemos. Cuando esta realidad no corresponde a las expectativas, se desencadena un complicado proceso de calibración. Si no se logra eliminar la disonancia, y si las demandas de la nueva realidad sobrepasan la capacidad o los recursos –habituales y extraordinarios– que tienen las personas o las familias para enfrentar los cambios, posiblemente broten las crisis. Una crisis es “un estado temporal de trastorno y desorganización caracterizado por: 1) la incapacidad del individuo o de la familia para resolver problemas usando los métodos y las estrategias acostumbrados; 2) el potencial para generar resultados radicalmente positivos o radicalmente negativos”.⁶

Con frecuencia, las crisis se dan en torno a los hijos que asimilan con mayor rapidez la nueva cultura, lo que produce un choque de valores en el seno de la familia. Las reglas y las normas familiares, que fueron observadas por generaciones en el país de procedencia, ya no funcionan en el país de acogida. Las familias necesitan aprender en

conjunto cómo modificar esas normas y reglas sin hacer violencia a sus valores y a su herencia cultural y, al mismo tiempo, sin perjudicar su conexión con la cultura de acogida. Ejemplos: solidaridad familiar vs. individuación; tabúes respecto al sexo vs. una cultura erotizada; papeles fijos asignados a los géneros vs. papeles acordados o asumidos.

Este cuarto período suele ser tormentoso. Las crisis pueden movilizar a las familias a buscar ayuda. La Dra. Celia Falicov, profesora de la Universidad de California en San Diego (ella misma inmigrante hispana), encuentra que los inmigrantes latinos pocas veces buscan los servicios de salud, excepto en emergencias o cuando se presentan síntomas severos. Existen varias razones: las barreras lingüísticas, la falta de dinero, las distancias geográficas, el temor a las autoridades, el temor a ser malentendidos, etc. Hay otras redes de apoyo a las que recurren: familiares, pastores, sacerdotes y sanadores tradicionales (curanderos, yuyeros, espiritistas). Sin embargo, “cuando se les ofrece terapia familiar y ésta es accesible, la aceptan fácilmente, pues calza con la noción que los latinos tienen de que los problemas emocionales son generalmente consecuencia de conflictos familiares y dificultades financieras”.⁷ Falicov aclara que los latinos más aculturizados usan más esos servicios que los menos aculturizados.

Un agente pastoral puede ayudar a que las personas acepten las tensiones como parte del proceso, verbalicen los sentimientos y construyan una nueva configuración familiar que afirme su identidad cultural y que las capacite para interactuar con el nuevo entorno. No es una tarea fácil. Es como aprender a caminar sobre la cuerda floja.

Se mencionó anteriormente que un asunto importante es el tema del trabajo. En las familias tradicionales, el padre es el principal, o el único, proveedor. En la sociedad

⁶ Jorge E. Maldonado, *Crisis, pérdidas y consolación en la familia*, Desafío, Grand Rapids, 2003, p. 13.

⁷ Celia Jaes Falicov, *Latino Families in Therapy*, Guilford, Nueva York, 1998, p. 44.

de acogida, es común que la mujer encuentre trabajo antes que el hombre. Esto cuestiona la misma organización familiar, y puede poner a la familia en crisis. El hombre suele deprimirse, y refugiarse en el alcohol y en los amigos. La mujer se sobrecarga con responsabilidades y una doble jornada de trabajo.

En un mundo globalizado, los empleos son más escasos. Parece que los empleos han emigrado a China, a Tailandia o a la India. Cuando el trabajo escasea, los primeros afectados son los inmigrantes. La escritora francesa Viviane Forrester comenta que el desempleo atrapa a las personas en la angustia, en la inestabilidad, en el naufragio de la propia identidad... y en la vergüenza, el más terrible de los sentimientos. “Altera al individuo hasta la raíz, agota las energías, admite cualquier despojo, convierte a quien lo sufre en presa de otros. La vergüenza permite imponer la ley sin hallar oposición y violarla sin temer la respuesta.”⁸

¿Qué pueden hacer las iglesias y la comunidad?

- Abrir espacios para discutir los rasgos culturales de los inmigrantes y las diferencias con la cultura de acogida.
- Discutir la naturaleza del empleo y el desempleo en un mundo globalizado.
- Ofrecer talleres de orientación y planificación de futuro.
- Ofrecer estudios bíblicos sobre el tema de la inmigración.
- Organizar foros que compartan experiencias exitosas en la crianza de hijos entre dos culturas.

Los conflictos no resueltos en la primera generación de inmigrantes suelen salir a flote en las generaciones subsiguientes en la forma de choques entre padres e hijos o entre diferencias culturales. Las familias, los grupos o los vecindarios que sólo reproducen las características del país de origen de sus integrantes lo único que logran es amortiguar el choque y demorar los cambios necesarios para la adaptación.

Conclusión

⁸ Viviane Forrester, *El horror económico*, Fondo de Cultura Económica, México, 2001, pp. 14-15.

El Dios que adoramos se ha revelado en la historia de un pueblo que comienza con un acto migratorio. “Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba” (Heb 11.8). “El Dios bíblico viaja con su pueblo, lo llama en la ciudad, lo acompaña en el desierto y lo lleva a través de lugares inhóspitos a una tierra segura y próspera.”⁹

Para el pueblo de Israel, la responsabilidad con los más desprotegidos tiene que ver con su identidad y con sus orígenes como pueblo escogido de Dios. “Junto con los huérfanos y las viudas, los extranjeros forman una tríada a la cual el Antiguo Testamento hace frecuente referencia como el objeto del cuidado especial de Dios.”¹⁰

A lo largo de todo el proceso migratorio, la iglesia tiene la oportunidad de ejercer sus ministerios (kerygmático, docente, diaconal) a favor de un creciente número de personas que dejan su tierra natal para buscar una vida mejor. Aquellas comunidades de fe que están compuestas mayormente por inmigrantes tienen la posibilidad de jugar un papel muy importante en el manejo de los complejos procesos de aculturación.¹¹ Un trabajo pastoral adecuado con los inmigrantes conducirá a la iglesia a participar en las luchas de la comunidad en general, buscando justicia, paz y mejores políticas migratorias.

⁹ Samuel Pagan, *El Santo de Israel: Dios en el Antiguo Testamento*, AEHT, Decatur, GA, 2001, p. 59.

¹⁰ C. René Padilla, “Dios ama al extranjero”, *Misión*, (julio-septiembre 1994).

¹¹ Juan Francisco Martínez Guerra, “Aculturación e iglesia evangélica latina en los Estados Unidos” en Juan F. Martínez Guerra y Luis Scott (eds.), *Iglesias peregrinas en busca de identidad*, Ediciones Kairós, Buenos Aires, 2004.